

científicos humanistas y pacifistas (Einstein, sin ir más lejos).

Además de los ya citados Jung y Otto, el núcleo fundador de aquel grupo de excepción lo componían personas de la talla de Kerényi, Campbell —de él acaba de reeditar el Fondo de Cultura su *Psicoanálisis del Mito*—, Mircea Eliade, Scholem, Corbin —también acaba de aparecer entre nosotros su libro *Avicena y el relato visionario* (Paidós)—, Petazzoni, Read, etc. A lo largo de los años, esa nómina inicial se va a ir enriqueciendo con invitados y colaboradores de la talla de Buber, Massignon, Helmut Wilhelm (el estudioso del *Libro de las Mutaciones*), Tucci (el del taoísmo), Suzuki (el del zen), Ricoeur, así como son varios discípulos de Jung (el ya citado Neumann, Maria Luisa von Franz o Aniela Jaffé, la editora de las *Memorias del maestro*)... La relación de nombres y de temas tratados es tan extensa como original y sugestiva.

De todos estos personajes nacidos en torno al círculo Eranos y de sus mensajes, puede tener ahora el lector español un conocimiento mucho más completo —abarcar en algunos casos— gracias a tres recientes publicaciones de la editorial *Anthropos*, editorial que sigue apostando no sólo por un tipo de cultura alejada de los poderosos y trillados canales al uso, sino también por ese tipo de cultura cercana a la fusión, a lo flexible, a lo interdisciplinar, a lo trascendente, a lo sabiamente fundamentado, por decirlo en dos palabras. Por un lado, la editorial dedica al Círculo Eranos dos de los números de su revista: un número monográfico al tema central y uno de sus suplementos a sintetizar el contenido de los 57 tomos o *anuarios* de las distintas sesiones.

Por otro lado, y dentro de la ya consolidada colección *Hermeneusis*, dirigida por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros, se nos ofrece el primero de los volúmenes que contienen textos de las jornadas de Eranos y que aparece bajo el título monográfico de *Arquetipos y símbolos colectivos*. Mitólogos y simbólogos constituyeron una parte fundamental de los componentes del Círculo y, en este primer volumen, los estudios sobre el hombre primitivo y el misterio, la conciencia matriarcal y la luna, el bien y el mal en la Cábala, el sueño y el inframundo, se presentan de la mano de Karl Kerényi, Enrich Neumann, Gershom Scholem

(sin duda el primer especialista sobre el simbolismo de la Cábala) y James Hillman. Estos textos se complementan en el volumen con otros de Ortiz-Osés, F.K. Mayr, R. Panikkar y P. Lanceros, en torno a esos temas de simbología en particular y a los de hermenéutica en general.

Los dos números de la revista *Anthropos* están, una vez más, a la altura de los propósitos que han venido moviendo a esta publicación. En ellos, los enjundiosos prólogos y presentaciones —concebidos, a mi entender, más como materiales de trabajo para los lectores que como bagaje estrictamente erudito—, los estudios analíticos —sobre el Grupo Eranos (debidos primordialmente a antiguos alumnos y profesores de la universidad de Deusto-Bilbao) y del Grupo (el extraordinario de Henry Corbin, por ejemplo)—, las relaciones puntuales de autores y temas, los estudios complementarios, unas veces de tono más teórico, otras de carácter puramente creador (los aforismos de Ortiz-Osés, por ejemplo), hacen de estas novedades editoriales un verdadero paradigma.

Como les sucediera a los pensadores del grupo Eranos a comienzos de los años 30, hoy el conocimiento de afán trascendente está igualmente sometido a tensiones ideológicas, a los grupos de poder cultural, a fuerzas extremadas que imponen sus gustos y su mediocridad, a la ligereza y a la imposición, en suma, de ciertas ofertas intelectuales. Por eso, hoy como ayer, satisface encontrarnos con un tipo de pensamiento y de cultura que están del lado de lo esencial, que buscan convencer por la hondura y significación de los temas tratados, que abren, en definitiva, caminos luminosos en este tiempo finisecular tan lleno de nubarrones. De la misma manera que se ha afirmado que la psicología de Jung (la que hoy tiende a propagarse como «psicología profunda o transpersonal»), será la psicología del siglo XXI, el pensamiento conciliador y el «ecumenismo místico», tan alejado de cualquier sectarismo, del grupo Eranos, será una de las llaves que abrirán esa esperanza de lo que reconocemos como Nueva Era.

**Antonio Colinas**

# La niña, el exorcista y el amor demonizado

Como se desprende del título de la novela (ver nota 1), y como en otras historias alumbradas por la portentosa imaginación del gran fabulador colombiano, la historia va de amor. Pero esta vez se trata de un amor dolorido y doliente, atribulado y triste, en el que la pasión está sometida a la decadencia y a la cochambre ética del entorno y amenazada por la presencia de una cohorte de personajes de dudosa catadura moral o incluso de manifiesto talante diabólico. Es la historia de una niña llamada Sierva María de Todos los Ángeles, hija única de un aledado marqués criollo de la Cartagena de Indias de finales del siglo XVIII a la que muerde un perro hidrófobo en el mercado, a donde había ido con una sirvienta mulata a comprar cascabeles para celebrar la fiesta de su duodécimo cumpleaños. Felizmente, la mordedura no ha transmitido a la muchacha la enfermedad de la rabia, pero sus allegados pronto conjeturan que está endemoniada y el padre decide recluirla en un convento para que la liberen de la supuesta posesión diabólica. Cayetano Delaura, un clérigo español de treinta y seis años, es el encargado de llevar a cabo el penoso cometido del exorcismo o conjuro contra el espíritu maligno. Y sucede lo inevitable: el clérigo y la niña quedan enredados en la trama de una pasión arrolladora, en seguida truncada y pilotada hacia el desastre por obra de la Inquisición.

Hasta aquí, a grandes trazos, el tema capital de esta historia de amores y odios, que tiene su punto de partida en un párrafo que bien puede ser calificado de magistral.

El tiempo de la historia abarca de un 7 de diciembre a un 29 de mayo de la penúltima década del siglo XVIII. Lugar de la tragedia: Cartagena de Indias (que, sin embargo, no aparece nombrada). Un escenario, por tanto, en el que ya había tenido lugar otra historia de amor del creador de Macondo: *El amor en los tiempos del cólera* (1985).

Sierva María de Todos los Ángeles arrastra una espléndida cabellera color cobre como consecuencia de la promesa de no cortar el pelo hasta la noche de bodas. Una promesa hecha por la esclava Dominga de Adviento a sus santos africanos, por miedo a que la criatura sietemesina que acababa de nacer con el cordón umbilical enrollado al cuello no pudiera sobrevivir. La niña «hija de noble y plebeya», que sin embargo «tuvo una infancia de expósita» fue odiada por su madre «desde que le dio de mamar por la única vez» (pág. 60). Amamantada y luego consagrada a una deidad yoruba por Dominga de Adviento, creció en el patio de los esclavos, «aprendió a bailar desde antes de hablar, aprendió tres lenguas africanas al mismo tiempo, a beber sangre de gallo en ayunas y a deslizarse por entre los cristianos sin ser vista ni sentida, como un ser inmateral» (pág. 60). Nació una «mañana de lluvias tardías, bajo el signo de Sagitario». La comadrona vaticinó «no vivirá»; tras su promesa, la esclava dijo, llena de júbilo: «¡Será santa!»; y el marqués, el padre de la recién nacida: «Será puta [...]. Si Dios le da vida y salud.» (pág. 60)

Cayetano Delaura, hijo de criolla y español y católico convencido, combate la ortodoxia y el sectarismo de la Iglesia de la época, y llegaría incluso a decir al obispo sobre la abadesa del convento en el que estaba recluida Sierva María: «Si alguien está poseído por todos los demonios es Josefa Miranda. [...] Demonios de rencor, de intolerancia, de imbecilidad. ¡Es detestable!» (pág. 130). Era el bibliotecario de la diócesis (pág. 153), pero las malas lenguas decían que era hijo del obispo, infundió que «había sustituido al más antiguo de que eran amantes desde Salamanca» (pág. 189). La primera vez que vio a Sierva María en el convento de Santa Clara,

[...] yacía bocarriba en la cama de piedra sin colchón, atada de pies y manos con correas de cuero. Parecía muerta, pero sus ojos tenían la luz del mar. Delaura la vio idéntica a la de su sueño, y

un temblor se apoderó de su cuerpo y lo empapó de un sudor helado. Cerró los ojos y rezó en voz baja, con todo el peso de su fe, y cuando terminó había recobrado el dominio.

«Aunque no estuviera poseída por ningún demonio» dijo, «esta pobre criatura tiene aquí el ambiente más propicio para estarlo.»

La abadesa replicó: «Honor que no merecemos.»<sup>1</sup>

Don Ygnacio de Alfaro y Dueñas, padre de la niña, segundo marqués de Casaldueiro y señor del Darién, es un noble degenerado que aprendió a leer y escribir para poder descifrar los mensajes de amor que le enviaba desde la terraza del contiguo manicomio la loca Dulce Olivia en palomitas de papel; fue despojado de su virginidad, sobre una hamaca y a la respetable edad de 52 años, por su segunda esposa, ninfómana calculadora y desalmada.

Bernarda Cabrera, madre de la niña y mozancona insaciable enganchada a las tabletas de cacao y a la miel fermentada, no puede vanagloriarse de tener noble ascendencia, pues era hija de un antiguo capataz del primer marqués de Casaldueiro. Don Ygnacio la había conocido porque la fogosa señorita llevaba a su casa arenques en salmuera y aceitunas negras para doña Olalla, la esposa española del marqués que pronto moriría fulminada por un rayo. La hija del capataz seguiría llevando arenques y aceitunas al flamante viudo, hasta que una tarde, tras haberle leído su «destino escrito a flor de piel en su mano izquierda» (pág. 58) a la hora de la siesta, el caballero quedó tan impresionado de la clarividencia de la joven que a partir de entonces la hizo venir diariamente aunque no necesitara productos de la tienda.

Abrenuncio de Sa Pereira Cao, médico judío de origen portugués, es el *alter ego* del autor, y como tal uno de sus personajes favoritos. Abrenuncio tiene muchos puntos en común con el gitano Melquíades de *Cien años de soledad* y, como éste, constituye uno de los polos en torno al cual giran los significados capitales de la novela.

Dominga de Adviento, la abnegada y clarividente esclava que se había convertido al catolicismo sin renunciar a su fe africana, cría y educa a Sierva María como mejor puede.

Olalla de Mendoza, «una mujer muy bella de grandes y varios talentos» (pág. 52), hija de un grande de España, con la que hubo de desposarse don Ygnacio de Alfa-

ro y Dueñas por deseo explícito de su padre, que se lo impuso por cláusula testamentaria; pero el marqués mantuvo a Olalla virgen para vengarse de su padre y «no concederle ni la gracia de un hijo» (pág. 52).

Dulce Olivia, la loca cuerda desprendidamente enamorada del fútil solterón, al que enviaba ardientes mensajes de amor recurriendo al antiguo arte de las volanderas palomitas de papel. Convencida de que fue ella quien envió el rayo que fulminó a la primera esposa del marqués, Dulce Olivia hubo de ver desde la terraza del manicomio para su propia pena y solaz de las demás dementes cómo Bernarda acabó un buen día con la virginidad del talludo marquesete.

Josefa Miranda, pobre abadesa del convento, fanática, escolástica e insidiosa.

Don Toribio de Cáceres y Virtudes, el anciano obispo español de 73 años, transido de nostalgia y aterrado por la idea de que en España hubiesen «dormido ya esta noche» (pág. 131).

Un liberto mestizo de gran potencia física y sexual de nombre Judas Iscariote, que lo mismo pelea a manos limpias con un toro de lidia que se acuesta con cada mujer que se cruza en su camino. Bernarda lo conoció en una corraleja de ferias luchando desnudo y sin protección, hermoso y temerario, contra el toro de turno y desde entonces no pudo olvidarlo más. Lo volvió a encontrar en una cumbiamba de carnaval, donde Judas se hallaba en el centro del corro de curiosos bailando con la mejor postora. Bernarda le preguntó por el precio «de por vida»; cerraron el trato en 250 pesos oro. La insaciable hija del capataz «lo instaló en un cuarto cercano al suyo que había sido del caballero, y lo esperó desde la primera noche, desnuda y con la puerta desatracada, segura de que él iría sin ser invitado. Pero tuvo que esperar dos semanas sin dormir en paz por los ardores del cuerpo.» (págs. 33-34). Cuando ya no lo esperaba y dormía en sayuela y con la puerta trancada, Judas entró en la habitación por la ventana: «La despertó el aire del cuarto enrarecido por su grajo amoniacal. Sintió el resuello de minotauro buscándola a tientas en

<sup>1</sup> Gabriel García Márquez: *Del amor y otros demonios*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1994, págs. 112-113. Cito siempre por esta edición.